

sas inutilidades y frusterías que le han absorbido la mayor parte de su vida. ¡Desesperadas y tristes comparaciones, que no sirven sino para hacernos sentir con anticipación el rigor fatal del juicio de nuestra conducta!

Lo oculto de los juicios de Dios es otra de las cosas que hay para temer; pues como dice el Profeta, *son un abismo sin fondo*; no se pueden comprender ni alcanzar. *Nadie*, dice el Sabio, sabe si es digno de amor ó de odio, porque siempre está esto incierto y dudoso hasta la muerte. ¡Cuántos ha habido de vida muy perfecta y ejemplar, que han acabado mal! Júdas, de un Apóstol fué un réprobo, y cayó en el profundo de los males. Salomón, siendo tan sabio y tan favorecido de Dios, cometió los mas torpes y abominables pecados.

Si al menos nos aprovechásemos de aquellos últimos momentos, recurriendo á la sangre y méritos del Redentor, y á la protección de su Santísima Madre, serian ménos temibles; pero en aquellos instantes inciertos de vida ó de muerte; en aquellos tristes momentos en que se presentan mil funestos objetos; en aquellos momentos críticos, en que el alma está entregada á los dolores, á las penas de la vida, y á los espantosos horrores de la muerte, ¿estarémos para acertar? ¿Sabrémos hallar los secretos caminos de la penitencia? ¿Podrémos asegurar una salvación siempre vacilante? ¿Dejarémos á esos peligrosos momentos el delicado negocio de nuestra salvación? No puede haber mayor temeridad: cuidemos, pues, de vivir como querremos ser juzgados.

Mártres de la semana de Pasión.

AGUARDA al Señor, obra con valor, sufre tus penas, y espera con confianza la ayuda del Señor. El Señor me da sus consejos, me enseña y vela en mi conservación. ¡Qué tengo pues que temer? Quien habla así es David, perseguido injustamente por Saúl y por los mas principales de la corte; pero intrépido en medio de los peligros, por su gran confianza en Dios, es viva figura del Salvador, perseguido por los gefes del pueblo. Había hecho David á Saúl y á toda la nación particulares servicios; por la persecucion que padece no tiene otra causa que una envidia diabólica. El Salvador ha llenado de beneficios á todo el pueblo judaico; pocas personas hay que

no hayan tenido parte en sus favores; todavía ménos, que no hayan sido testigos de sus milagros. ¿De dónde pues venia aquel furor de los pontífices, de los escribas, de los fariseos contra este amable Salvador, que por todas partes por donde ha pasado ha hecho tanto bien? La envidia y el odio hicieron nacer aquella mortal rabia que no pudo satisfacerse sino con su muerte. La Iglesia en estos dias en que está toda ocupada en celebrar la Pasión del Salvador, ha elegido el último y el primer versículo del salmo XXVI para el introito de la misa de este dia.

La Epístola cuenta la historia de la venganza de los babilonios sobre el profeta Daniel, al cual hicieron arrojar á los leones, por haber destruido los objetos de su idolatría: en lo que notan los padres, que fué una de las figuras de Jesucristo perseguido por los judíos.

Había cerca de cuarenta años que el profeta Daniel estaba en la privanza y ralmiento del rey de Babilonia, siendo su primer ministro. Los babilonios tenían un famoso ídolo llamado Bel, á quien sacrificaban todos los dias doce medidas de harina del trigo mas puro, cuarenta ovejas, y seis grandes medidas de un vino exquisito. El rey era muy devoto de este ídolo, al que iba á adorar regularmente todos los dias, y hubiera gustado que Daniel, su ministro, hubiese tenido la misma devoción; pero Daniel tenía demasiadas luces y demasiada religion al verdadero Dios, para no tener horror á un culto tan vano. Un dia le preguntó el rey, ¿por qué no adoraba al dios Bel? Porque yo no adoro, respondió Daniel, á los ídolos, que no son otra cosa que unas obras hechas por manos de hombres; yo no adoro sino á Dios vivo, soberano Señor de todo el universo. Si es Dios vivo á quien tú adoras, replicó el rey, no hubo otro jamas mas vivo que Bel: pues él solo come y bebe mas que todos los otros juntos; no ignoras lo que se le da de comer todos los dias, y sabes que nada queda de cuanto se le pone delante. Daniel le respondió sonriéndose, que se admiraba de que su magestad no viese la falacia de los sacerdotes, los que se regalaban con lo que se le daba al llamado dios Bel para que lo comiese; que en lo demas esta pretendida divinidad no era otra cosa que una estatua de bronce por dentro, y por dentro de ladrillo. El rey, que no gustaba se anduviese jugando con él, se mostró indignado por ver que se abusaba de su credulidad. Hace venir al punto á los sacerdotes de Bel, y les dice: Si no me declarais quién es el que se come todo lo que se pone delante de Bel, os hago morir ahora mismo; pero si me haceis ver

que es Bel el que se lo come, le costará la cabeza á Daniel, que ha blasfemado contra este dios. Daniel, que se hallaba presente, dijo que consentia gustoso en que la palabra del rey se pudiese en ejecucion. Y al instante fué el rey con Daniel y los sacerdotes; los cuales despues de asegurar nuevamente al rey con juramento que era el idolo quien se comia todo, le dijeron: Señor, queremos que seais convencido de ello por vuestros propios ojos; todos nos vamos á salir; haga vuestra magestad que se pongan las viandas y el vino delante de Bel; ciérrese despues la puerta del templo, y sellada con vuestro real sello, si mañana por la mañana al abrir vuestra magestad el templo, no hallase que el dios Bel se lo ha comido todo, consentimos en que á todos se nos haga morir, segun la palabra de su magestad. El motivo de hablar con tanta seguridad era porque tenían una cueva, por donde venian todas las noches á deshora, y se llevaban todas las viandas que habian puesto junto á Bel. Salidos que fueron todos los sacerdotes, el mismo rey puso las viandas delante del idolo; pero Daniel, que tenia un conocimiento sobrenatural de todo lo que pasaba, tuvo la precaucion de hacerse llevar secretamente una porcion de ceniza cernida, la que hizo esparcir por todo el templo en presencia del rey; y habiendo salido todos se cerró la puerta y se selló. Los sacerdotes, segun tenían costumbre, entraron durante la noche con sus mugeres y sus hijos; y despues de haber bebido y comido á su satisfaccion, se retiraron llevándose todo lo que habia sobrado.

Apénas amaneció el dia siguiente, cuando el rey vino al templo acompañado de Daniel y de toda su corte, y visto que el sello estaba intacto, lo quitó; y habiendo entrado vió la mesa del altar despojada de cuanto se habia puesto en ella el dia antecedente; volviéndose entónces á Daniel, le dijo con tono severo é indignado: ¿Dónde está el engaño y la falacia que suponias en los sacerdotes de Bel? Sonriéndose Daniel al oír al rey, le dijo: "Os suplico, señor, no paiseis mas adelante: vea vuestra magestad este pavimento y considere de quién serán estas huellas?" Son, dijo el rey, señales de que han andado aquí tanto hombres, como mugeres y niños. Descubierta la trampa fué fácil descubrir todos los secretos por donde venian todas las noches: lo que irritó tanto al rey, que hizo que allí mismo quitasen la vida á todos aquellos impostores, con sus mugeres é hijos. Asimismo mandó demoler el templo, y hacer pedrazos el idolo.

Habia en la misma ciudad otra ridicula divinidad, cuyo idolo estaba animado; este era un dragon monstruoso que adoraban los babilonios. Confieso, dijo el rey á Daniel, que Bel era un dios muerto; pero no puedes negarme que el dragon á quien tenemos y tributamos una particular veneracion, es un dios vivo: ¿por qué no le has de adorar? Amaba el rey á Daniel; pero como este fiel ministro despreciaba á todos los dioses de los babilonios, hubiera deseado el príncipe que hubiese sido de la misma religion que él, para que de este modo no fuese odioso al pueblo. Señor, respondió Daniel, el dragon que adorais como á un dios con la mas lastimosa supersticion, no es sino un vil animal que yo me ofrezco á matar sin arma ninguna, si vuestra magestad me lo permite. Obtenido el consentimiento del rey, tomó Daniel una porcion de pez, otra de sebo y otra de pelos; y habiendo hecho hervir todo esto junto, hizo de ello una masa, la que habiéndosele comido el dragon se le pegó en los dientes y en la boca tan fuertemente, que el dragon reventó repentinamente: entónces le dice Daniel al rey: Ved aquí, Señor, lo que vuestra magestad adoraba; he aquí el objeto de vuestro culto. Los babilonios habian tolerado, aunque de muy mala gana, la demolicion del templo de Bel y la destruccion del idolo; pero cuando supieron la muerte del dragon, no pudieron contener su odio contra Daniel; se volvieron contra el rey, y no se detuvieron en hablar de él cuanto se les venia á la boca. El rey, decian, se ha hecho judío, y este judío, hablando de Daniel, se ha hecho rey; él ha destruido el templo y la estátua de Bel, ha muerto al dragon, y ha hecho matar á los sacerdotes. Irritado todo el pueblo fué á la presencia del rey amenazándole que si no les entregaba á Daniel, incendiarían el palacio, haciendo perecer á él y á toda su familia. El rey, intimidado por aquellas amenazas se vió obligado, aunque contra toda su voluntad, á entregarles á su ministro, sintiéndose infinito por lo útil que le habia sido, y por el don de profecia con que Dios lo habia dotado. Apénas aquellos furiosos se hubieron apoderado de Daniel, cuando decretaron arrojarlo al lago ó fosa de los leones. Habia siete, á los cuales les daban todos los dias dos cuerpos de hombres, y dos carneros: este era el suplicio ordinario de los reos condenados á muerte. En aquel dia no se les habia dado nada con el fin de irritar su hambre, y que consumiesen mas pronto á Daniel. El inocente profeta fué arrojado efectivamente á la fosa; pero lejos de quedar lastimado de la caída, ó ser devorado por los leones hambrientos

tos, se halló mas tranquilo en medio de ellos que entre aquel pueblo bárbaro: seis dias estuvo, en los cuales no quisieron los babilonios se diese de comer nada á los leones, con el fin de que en caso que hubiesen perdonado á los principios á un hombre tan célebre por los prodigios que habia obrado, irritados en fin con una hambre tan larga, se tirasen á él y se lo tragasen.

En este tiempo el profeta Habacuc que iba á llevar la comida á sus segadores, vió un ángel que le mandaba de parte del Señor fuese á llevar aquella comida á Babilonia y se la diese á Daniel, que estaba en el lago de los leones. El buen viejo atónito un poco de una órden como esta, le respondió: ¿Cómo he de hacer lo que me dices, si jamas he estado en Babilonia, ni sé donde está ese lago de que me hablas? El ángel sin replicar lo tomó por los cabellos, y lo llevó con la presteza y actividad propia de un espíritu hasta Babilonia, y lo puso á la boca del lago de los leones, desde donde empezó á dar voces, diciendo: Daniel, siervo de Dios, recibe la comida que te envia el Señor. Admirado Daniel de lo que oia, exclamó: ¿Es posible que el Señor se haya dignado acordarse de mí? ¡Buen Dios, qué cuidado no teneis con los que os aman! Séais eternamente bendito! El ángel volvió al instante á coger á Habacuc, y lo volvió al lugar de donde lo habia tomado.

El dia siete, segun el uso de aquellos pueblos, fué el rey á llorar á su amigo y favorecido al sepulcro, que era el lago; en el cual pensaba, como todos los demas, que Daniel habia sido devorado desde el primer dia; pero quedó agradablemente sorprendido, cuando mirando por curiosidad el fondo del lago, vió á Daniel sentado en medio de los leones. Y dando repentinamente un gran grito, exclamó: ¡Oh, y qué grande sois, qué poderoso, Señor Dios de Daniel! ¡Cómo esta maravilla manifiesta visiblemente vuestro poder! Luego habiendo hecho sacar á Daniel del lago, hizo le llevasen los mas sediciosos de los que habian pedido la muerte de Daniel; y los hizo echar en el lago, donde fueron devorados á su vista en un momento. Este milagroso suceso dió tanto golpe al rey, que ordenó se reverenciase en todo su imperio al Dios de Daniel, diciendo que él solo era el Salvador que hacia prodigios en toda la tierra, y que acababa de librar á su siervo Daniel del lago de los leones, en que la mas negra malicia lo habia hecho arrojar.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan, donde se nos refiere que viendo Jesucristo poco ántes de su muerte el furor con

que los judíos, ó mas bien los pontífices, escribas y fariseos de Jerusalem, habian conspirado contra su vida, se retiró á Galilea; no porque rehusase verter su sangre, sino porque no queria prevenir el tiempo determinado por su Padre para la consumacion de su sacrificio, y para el cumplimiento de la grande obra de nuestra redencion. Le hubiera sido muy fácil al Salvador librarse milagrosamente de la persecucion de los judíos; pero como habia de ser Príncipe y cabeza de una religion que debia ser perseguida, no quiere hacer nada que sus miembros no puedan imitar. En la escuela del mundo es baja:za ceder á sus enemigos; en la escuela de Jesucristo es virtud, es grandeza de alma el sufrir con paciencia sus violencias. Estando cerca la fiesta de los tabernáculos, una de las mas célebres entre los judíos, sus parientes, ya sea que lo fuesen en efecto por la Santísima Virgen, ó que pasasen por tales por serlo de Señor San José, le dijeron que seria mucho mejor ir á Judea, y especialmente á Jerusalem, que detenerse mas tiempo en una provincia tan pequeña como la Galilea. Que si era enviado de Dios, como decia, si sus milagros eran obras de Dios y pruebas ciertas de la verdad de su doctrina, y de la dignidad de su persona, no debia enterrar en la oscuridad estos dones de Dios, que debian manifestarse al mundo: que teniendo muchos discípulos en Judá y en Jerusalem, debia hacer que fuesen testigos de las maravillas que obraba, para que creyesen mas bien lo que les predicaba. Y en fin, que en la capital era propiamente donde debia dar señales visibles de lo que era, y darse á conocer al inmenso pueblo de que se componia. El desprecio y la bufonada tenian mas parte en esta advertencia, que la estimacion y la buena fé, porque los que creian ménos en Jesus, dice el Evangelio, eran sus parientes mas cercanos: como estaban acostumbrados á mirarlo como uno de ellos, de la misma familia, solo tenian de él unas ideas muy comunes, y no podian imaginarse pudiese ser el Mesías, un hombre que habia pasado siempre por el hijo de un artesano. El Salvador les dió una respuesta toda misteriosa, que muy pocos la comprendieron. No es todavía tiempo, les dijo, para que yo me presente en el gran mundo; soy demasiado enemigo de él, y mi espíritu es demasiado opuesto al suyo, para que halle en él buen recibimiento: vosotros que teneis su espíritu, y que vivís segun sus máximas, nada teneis que temer, porque el mundo siempre recibe bien á los que se conforman con sus ideas. Id vosotros á Jerusalem á celebrar el primer dia de la fiesta; por lo

que á mí toca, yo no voy á asistir á la fiesta de este día. En efecto, el Salvador no fué á Jerusalem hasta la mitad de la octava. La razon porque no fué desde el primer día, era porque sabia que los príncipes y fariseos habian resuelto prenderle el día de la fiesta no dudando asistiría á ella el primer día; pero como no habia llegado todavía el tiempo determinado para su gran sacrificio, no quiso entregarse al furor de sus enemigos ántes de tiempo: por esta razon les dijo, mi tiempo no ha venido aún: vosotros que nada tenéis que temer, ya es tiempo que subais á encontraros en la fiesta. Cuando se hubiere cumplido el tiempo de mi mision, yo mismo iré á entregarme á la muerte para consumir mi sacrificio. Así como el primer día se habia escusado el Salvador de ir á la fiesta, asimismo se halló obligado á estar como oculto los postreros en que estuvo: su ausencia dió ocasion para que todos hablasen de él: unos decian que era un Santo: otros, que estaban tocados de los mismos sentimientos y pasion que los fariseos, hablaban de él de un modo poco ventajoso, diciendo que engañaba y alucinaba al populacho: nadie se atrevia á declararse abiertamente por él, por temor de los príncipes. El respeto humano en todos tiempos ha ejercitado su tiranía, y cuando uno le sacrifica sus obligaciones y su conciencia, bien pronto le sacrificará su religion.

La Epístola es del capítulo XIV del profeta Daniel.

En aquellos dias: Levantándose los babilonios contra el rey, le dijeron: Entrérganos á Daniel, que destruyó á Bel y mató al dragon; de lo contrario te matamos á tí y á tu familia. Viendo pues el rey que le estrechaban fuertemente, obligado de la necesidad les entregó á Daniel. Metieronle ellos en el lago de los leones, donde estuvo seis dias. Habia en el lago siete leones, y les daban cada dia dos cadáveres y dos ovejas; y nada les dieron entónces á fin de que devorasen á Daniel. Estaba el profeta Habacuc en la Judea, y habia cogido un potage y desmenuado unos panes en una vasija, é íbase al campo á llevarlo á los segadores. Y dijo el Angel del Señor á Habacuc: Esta comida que tienes, llévala á Babilonia á Daniel que está en el lago de los leones. Y respondió Habacuc: Señor, yo no he visto á Babilonia ni tengo noticia del lago. Entónces el Angel del Señor le cogió por la coronilla de la cabeza, y asiéndole por los cabellos le llevó con la celeridad de su espíritu á Babilonia sobre el lago. Y Habacuc levantó la voz y dijo: Daniel, sier-

vo de Dios, toma la comida que Dios te envia. Daniel entónces dijo: Tú, ó Señor, te has acordado de mí, y no has desamparado á los que te aman. Y levantóse Daniel y comió. Y el Angel del Señor volvió luego á Habacuc á su lugar. Vino pues el rey el dia séptimo para hacer el duelo por Daniel; y llegando al lago, miró hácia dentro, y vió á Daniel sentado en medio de los leones. Entónces exclamó el rey en alta voz, diciendo: Grande eres, ó Señor Dios de Daniel. Y le hizo sacar del lago de los leones. Aquellos empero que habian maquinado perderle, le hizo echar dentro del lago, y fueron al punto devorados en su presencia. Entónces dijo el rey: Teman al Dios de Daniel todos los moradores del orbe, porque él es el Salvador, el que obra prodigios y maravillas sobre la tierra, y ha librado á Daniel del lago de los leones.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan.

En aquel tiempo: Andaba Jesus por Galilea, porque no queria ir á Judea, visto que le procuraban su muerte. Mas estando próxima la fiesta de los judfos, llamada de los tabernáculos, sus hermanos le dijeron: Sal de aquí, y vete á Judea, para que tambien aquellos discípulos tuyos vean las obras que haces; puesto que nadie hace las cosas en secreto, si quiere ser conocido: ya que haces tales cosas, date á conocer al mundo. Porque aun sus hermanos no creian en él. Jesus pues les dijo: Mi tiempo no ha llegado todavía: el vuestro siempre está á punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros: á mí sí que me aborrece, porque yo demuestro que sus obras son malas. Vosotros id á esa fiesta: yo no voy á ella, porque mi tiempo aun no se ha cumplido. Dicho esto, él se quedó en Galilea. Pero despues que marcharon sus hermanos, él tambien se puso en camino para ir á la fiesta, no con publicidad, sino como en secreto. Los judfos pues en el dia de la fiesta le buscaban, y decian: ¿En dónde está aquel? Y era mucho lo que se susurraba de él entre el pueblo. Porque unos decian: Sin duda es hombre de bien: otros al contrario: No, sino que trae embaucado al pueblo. Pero nadie osaba declarar públicamente en favor suyo, por temor de los judfos.

MEDITACION.

Sobre la oracion del huerto.

Considera que si las circunstancias que rodeaban al Salvador la noche de su prision en el huerto de las Olivas, eran bastantes para sumergirlo en el tristeza, llenarlo de pavor y hacerle sudar sangre, no eran la única ni la mayor causa de sus padecimientos. Cáliz amargo, sí, amargo, sobre manera amargo, y tanto que bien podia decir por él solo á su divino Padre: "Pase de mí este cáliz;" pues en efecto lo que estaba pasando y lo que se le esperaba era un mal sin medida, que el Profeta compara al mar emborrascado y en deshecha tormenta. Sin embargo hay otra causa; causa poderosa á hacer que el Salvador mire como un bien apetecible su Pasion amarguísima. ¡Ah! los pecados, el pecado del mundo, los pecados de todos los hombres gravitan sobre el inocente Cordero que va á ofrecerse victima de propiciacion por ellos. Jesucristo es el reo de lesa magestad divina que está cubierto, como de una piel, de nuestras iniquidades. ¿Y quién puede comprender todo el tormento y amargura que le trae una situacion tan lastimosa? Su inocencia repugna la malicia, su bondad repugna la iniquidad, su santidad repugna el pecado; y lo repugna infinitamente, lo repugna por esencia, lo repugna por naturaleza, y él sin embargo se ve cargado de la culpa, unido á ella, vestido de ella, responsable por ella. ¡Ah! que ella es como una fiera devoradora que le tiene fuertemente asido entre sus garras; como un monstruo espantoso que le rodea por todas partes y lo llena de pavor; como una sombra ominosa que le sigue donde quiera y le trae asustado. El tiembla, él se extremoce, él se para despavorido, el cabello erizado, convulsos los nervios, la respiracion agitada, el corazon oprimido, sin fuerzas, sin vigor, sin resistencia, puesto en agonía, dice el Evangelio. ¡Ah! que este solo tormento seria bastante á quitarle la vida; mas su espíritu lo sostiene, un ángel lo conforta, él se reserva para morir á la vista de un pueblo que lo insulta.

Considera que aun no es esto solo lo que llena la medida en la Pasion interior de Jesucristo; él es el mediador entre Dios y los hombres, y la causa de estos es una causa gravísima, árdua, complicada, difícil de ajustarse. Los hombres han ofendido á Dios con un pecado pésimo: el número de las culpas es incalculable: la ofensa

de Dios, infinita. Dios puede remitirla toda, é contentarse con una satisfaccion limitada; pero no es esta su voluntad; no quiere defraudar á su justicia, y esta no se contenta con ménos que con una satisfaccion de condigno, esto es, infinita, porque la ofensa es infinita: los hombres no la dan ni pueden darla, porque no hay en todo lo criado de qué hacer un sacrificio que valga infinitamente: es necesaria una víctima de infinito valor, y esta no puede ser otra que el mismo Cristo, único en quien se encuentre una humanidad que sacrificar, unida hipostáticamente á una divinidad, que comuniqué al sacrificio un mérito infinito: solo así será la satisfaccion infinita. Dios lo ha decretado así; mas sin coactar la libertad de su Hijo, que siendo Dios como él, igual á él, no puede ser coactado en su libertad. Su voluntad está pronta á obedecer, y la misma perfeccion de su amor y de su virtud soberana lo llevan á obedecer; pero su voluntad inferior, su apetito sensitivo siente toda la repugnancia que es natural á un cúmulo de males y afrentosos tormentos como el que le espera; y de aquí viene que pida á su Padre celestial pase de él aquel cáliz amargo. ¡Padre mio, exclama, todas las cosas te son posibles: pasa de mí este cáliz; pero si no es así de tu divino agrado, hágase tu voluntad y no la mia! ¡Oh ejemplo admirable de conformidad y de oracion perfectísima! El espíritu de Cristo está pronto á abrazarse con sus males; mas estos son de tal calidad, que no puede ménos que apeteecer verse libre de su amargura y su dolor. Por otra parte, la ciencia beata que le hace atargura todos los sucesos del mundo, todas las obras de los hombres, todos sus pensamientos, le hace palpar lo infructuoso de su Pasion para una inmensa mayoría de los mismos hombres redimidos al precio de su sangre. Este conocimiento acaba de llenar todas sus penas: la congoja le oprime; su sangre toda abandonando las extremidades acude al corazon, se acumula sobre él, y su última hora parece que ha llegado; mas el esfuerzo de su virtud lo sostiene; él suda, y suda sangre, la suda en abundancia por los poros todos de su sagrado cuerpo, y tanto, dice el Evangelio, que llega á humedecer la tierra y correr por ella como un arroyo. ¡Oh asombro! ¡Oh pasmo! ¡Oh estupendo suceso! ¡Oh Dios del cielo humillado en la tierra! ¡Oh sangre inoportunísima, sangre del segundo Abel; mas tan piadosa, que no clama como la de aquel, por el castigo y la venganza, sino que reclama el perdón y la misericordia para los mismos hombres que han dado causa á su efusion!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Es un error creer que podremos consolar al afligido Jesus con solo nuestras lágrimas, con los gemidos y suspiros de nuestro corazón: mientras no quitemos la causa de sus males, no puede hallar consuelo. Esta no es otra que nuestros pecados: ni el cielo ni la tierra obrarían contra Jesus, si no hubiéramos pecado. El es las delicias del Padre celestial, y nada debe por sí á su justicia; del poder de los hombres está exento, y sus enemigos no podían obrar contra él, si él mismo no se hubiera puesto en sus manos y permitido que lo atormentasen. Así pues el pecado es el que lo pone bajo la justicia de su Padre, y entre las manos de sus perseguidores. El, siendo inocente, tomó sobre sí nuestras iniquidades, porque su amor no le sufría vernos cargados de ellas sin poder remediar nuestras desgracias. En vista de esto, ¡quién podrá dudar que solo le proporciona un verdadero consuelo aquel que huye del pecado, y expia con la penitencia los que ha tenido la infelicidad de cometer? Sea este pues nuestro propósito, y pidámosle á nuestro Redentor nos aplique el fruto de su Pasión y muerte.

JACULATORIA.

Redimístenos, Señor, extendiendo vuestro brazo poderoso; sostenedme con él para que no caiga en una culpa que os ha costado tanto.

LECCION.

Sobre lo comun que es el espíritu del mundo entre los cristianos.

Siempre el Evangelio nos habla del mundo como del enemigo de Dios, que jamas conoció la verdad, que jamas recibió al Espíritu Santo, y que solo está poseído de la malicia y perversion. Así es que Jesucristo nos dice que el mundo lo aborrece y aborrece á sus escogidos, porque ni él ni ellos son de este mundo. En vano se hacen esfuerzos para defender al mundo, para excusar ó disculpar sus máximas y aprobar sus usos y costumbres. Siempre será cierto que el mundo es aquella multitud que anda por el camino de la perdicion; aquella infame Babilonia que ha de ser vencida por el Cordero; aquel reino de Satanás, donde no hay más que el imperio de los delitos y dominio de las tinieblas. Allí es donde el ángel rebelde ha

puesto su trono: allí donde solo reina el terror, turbulencia y confusion: allí donde el hijo se subleva contra el padre, la muger contra el marido, y los domésticos contra su señor, para mantener una guerra sin fin: allí por último es donde los escándalos se multiplican tanto como las penas, y los odios son tan comunes como las deshonestidades.

En este mundo todos trabajan para ser dichosos; pero ¡qué pocos consiguen la verdadera felicidad! Solo los que desprecian todos los modos de vivir que el mundo exagera y mira con pasión, y que van á buscar en el mismo Dios el origen de todo bien, son los felices y bienaventurados. De aquí se sigue que el espíritu del mundo es quien anima á aquellas personas que solo aman las cosas visibles y presentes, y al contrario el espíritu de Jesucristo, posee á los que solo piensan en las cosas invisibles y venideras. En los primeros tiempos del cristianismo fácilmente se conocia donde reinaba el espíritu del mundo, pues que solo se hallaba en los que no tenían fé; mas ahora que la fé es comun á los malos y á los buenos cristianos, es preciso buscar el mundo mismo en medio de los que han sido bautizados y han renunciado de él. Pues si examinamos cada uno nuestro interior, hallaríamos que cuantos nos tenemos por verdaderos cristianos y enemigos del mundo, somos peores que si no lo fuésemos; porque, á la verdad, ¿qué son tantas alternativas de piedad y de irreligion, de sacrilegios y sacramentos, de recaídas y absoluciones? ¿Qué de veces nos arrodillamos delante de un crucifijo y frecuentamos lugares de disolucion? ¿Qué de veces nos damos golpes de pecho, y tenemos entregado el corazón á las máximas del mundo, pedimos perdon de algunas culpas que hemos cometido, y estamos proyectando cometer otras: últimamente, tenemos el nombre de cristianos, y vivimos como mundanos; apreciamos más nuestra fortuna que nuestra conciencia, y con el temor de perjudicar nuestros negocios, olvidamos la religion y la fé? Atendamos á la gravedad de nuestra maldad y disimulo, en las muchas veces que hemos disfrazado los odios con el nombre de la amistad, y las injusticias con el de probidad; mentimos para nuestro provecho; juramos, y nos desdecimos, aumentamos nuestras riquezas con artificios; retenemos la hacienda ajeña; y en una palabra, hacemos cuanto el mundo y sus corrompidas costumbres pueden inventar, todas en contra de la verdadera moral, y muy opuestas al verdadero cristianismo.

Si no atendemos mas que á nuestra entrada en este mundo, á la mezcla confusa de las plantas, de los brutos y de nosotros, de donde con la muerte nos separa la divina Justicia, apareceremos sin duda todos iguales; pero por la fé sabemos que entramos en un mundo profano por el pecado, herido del anatema, envenenado con el aliento de la serpiente, y que la gracia no solo nos distingue de los brutos, sino que nos diferencia á los unos de los otros de un modo maravilloso: este mundo en su principio solo fué criado para los santos, solo fué consagrado para ser templo del Eterno y morada de sus verdaderos adoradores; pero despues que se convirtió en habitación de los malos, es un templo profano, una casa de desorden, y un palacio desfigurado: no ha quedado mas en él que los elementos, los astros y los cielos; pero el legítimo uso de estas cosas, enteramente se ha mudado y pervertido. Los escogidos que habian de ser los amos, son los mas humillados y abatidos: son unos extrangeros que apenas hallan donde hospedarse; el avaro, no satisfecho con lo que tiene, echa los ojos ansioso sobre los montes y los valles, sobre los mares y los rios: el ambicioso sacrifica multitud de hombres, desordena la armonía de la sociedad, corre por las ciudades que ha destruido para apoderarse de la cumbre de los honores: por todas partes no encontramos sino las huellas del pecado. No hay quien haga bien; no hay ni siquiera uno. El Señor desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, para ver si hay quien tenga inteligencia ó quien busque á Dios. Todos se desviaron, se hicieron á una inútiles: no hay quien haga bien; no hay siquiera uno. Así se expresó Davíd en aquellos tiempos. Mas ¡qué diria de nuestro siglo!

El mundo, pues, parece á los ojos del verdadero cristiano una plaza ó fortaleza que se ha rebelado contra su legítimo soberano, poblada de enemigos de Dios, dominada por el poder de las tinieblas, y destinada para pertenecer al Anticristo. Esta es la razon porque los verdaderos hijos de Dios viven en la tierra como si no fueran de ella, toman sus frutos como prestados, y no como bienes propios, apenas se les concede el uso y se les niega del todo la posesion; ellos están en una situacion violenta, viendo al infierno encendido debajo de sus piés: este mundo en su concepto no es sino un grande teatro donde los hombres representan el personaje de dueños y amos, en perjuicio del verdadero y único Señor del cielo y de la tierra. ¿Cómo, pues, se ha de amar á un mundo que no es mas que

destierro de los predestinados, hospedaje de todos los delinquentes, objeto de la mayor indignacion de Dios vivo, y materia destinada para ser pábulo del último, prodigioso y universal incendio?

Luego cualquiera que reflexione sobre las cosas de este mundo, no puede dejar de llorar inmediatamente. Dios no estará en nosotros por su gracia, ni nos dará despues su gloria, sino cuando háyamos destruido el imperio del siglo; cuando háyamos salido triunfantes del mundo y del demonio; pues como advierte San Agustín, hay dos mundos acá abajo: el uno que comprende todo lo criado, y es obra de Dios, y el otro que contiene la mayor parte de los hombres, y es gobernado por el demonio. El verdadero cristiano no ve al mundo material, sino como unas cosas visibles que incessantemente le roban el conocimiento de las invisibles: huye del mundo delincuente como de una sociedad llena de escándalos y peligros, y así pasa como un caminante que no piensa mas que en llegar á su destino: igualmente insensible á la alabanza del lisonjero y á la sátira del maldiciente, no tiene orejas sino para oír la voz interior de su conciencia que le habla: todo está muerto en su corazon: solo vive en él Jesucristo: huye de los hombres, y los hombres huyen de él; no sabe mas historias y acontecimientos que las que se refieren al cielo: para él no tiene atractivos la fortuna mas risueña, ni le causa susto el mas terrible infortunio: en fin, el mundo es su cruz, y él es la del mundo; ambos se aborrecen mutuamente. Cualquiera que vive en este mundo no como extrangero, no como crucificado, no como muerto, no tiene mas que la apariencia de cristiano: no hay error mas comun y mas grosero que el creer que solo los religiosos están obligados á dejar al mundo. Toda vida mundana es incompatible con la profesión de la fé de Cristo, con las solemnes promesas del bautismo. Preguntémosnos á nosotros mismos, qué es lo que amamos, y por ahí conoceremos si somos de Jesucristo ó del demonio. No basta hacer alarde de cristiano, si se vive como mundano: esto es imitar á los judíos, que crucificaron á Jesucristo despues de haberlo recibido triunfante. Toda fé sin obras, ya lo hemos dicho y lo repetimos, es una fé estéril y muerta: solo el que hace la voluntad de Dios entrará en el reino de los cielos.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Miércoles de la semana de pasion.—Representa la fiesta de la dedicacion del templo de Jerusalem.—*San Juan, cap. X.*

Jués de la semana de pasion.—Estando Jesus comiendo en la casa de uno de los fariseos, una muger de mala vida se postró á sus piés, los que regó con sus lágrimas, limpió con sus cabellos y ungió con precioso bálsamo.—*San Lucas, cap. VII.*

Viérnes de Dolores.

Sábado de Ramos.—Nuestra Señora de la Piedad.



Miércoles de la semana de Pasion.

El introito de la misa de este día se tomó del Salmo XVII, uno de los mas afectuosos y patéticos, cuyo estilo es sublime, y todo de una admirable belleza. David en la prosperidad de su reinado, tranquilo y pacífico en sus estados, describe elocuentemente en este salmo todos los peligros en que se ha visto; cuenta ademas de esto, el modo con que el Señor lo sacó de tantos peligros, y reconoce que si salió triunfante de tantos enemigos, fué únicamente por una proteccion divina. Vos, Señor, me habeis arrancado del furor de mis mas crueles enemigos; me habeis puesto fuera de tiro de los que se levantaban contra mí, y habeis hecho inútiles sus depravados designios, y su enorme malicia: ¿cómo podré yo dejar de amaros? Yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fortaleza. El Señor es mi apoyo, mi refugio y mi Redentor. No deja de conocerse la relacion que tienen todas estas palabras á Jesucristo en cuanto hombre, especialmente en el tiempo de su pasion, que fué el tiempo y la materia de su mas glorioso triunfo.

La Epístola se ha tomado del capítulo XIX del Levítico. En esta Epístola no hay cosa mas instructiva, que la individualidad con que el Señor intima sus preceptos á su pueblo, comenzando por esta primera leccion, la cual encierra en sí todas las otras: *Sed santos, porque yo soy Santo: yo que soy el Señor vuestro Dios.* Temed á vuestro padre y madre, y respetadlos como es debido. Guardad religiosamente el día del sábado. Cuando hi-



Miércoles de Pasion.



Jués de Pasion.



Viérnes de Pasion.



Sábado de Pasion.

cieres la siega en tu campo, no cogerás las espigas que se quedaren; tampoco cogerás los racimos que en tu viña se les escaparen á los vendimiadores; todo esto debes abandonarlo á los pobres que vengan á hacer la rebuesa, esto es, á juntar las espigas y racimos que se hubieren quedado sin coger despues de la siega y la vendimia. Porque yo que soy el Señor, tu Dios, lo dispongo y lo ordeno así.

No dañarás á tu prójimo hurtándole lo que es suyo, ni levantándole algun falso testimonio, ni de ningun otro modo. No mentirás. No negarás ni rehusarás volver el depósito que te hubieren confiado. No os hareis unos á otros mas pobres de lo que sois, rehusando bajo un falso pretesto de necesidad, hacer limosna. Una de las mayores injurias que se le pueden hacer á Dios, es ponerlo por testigo de una mentira, esto es, un juramento falso ó sin necesidad. No calumniarás á tu prójimo; pues la calumnia es un delito sumamente detestable, por cuanto no se puede reparar jamas el mal que ocasiona. Aunque se desdiga el calumniador, la persona á quien se ha deshonrado jamas recobrará su honor perfectamente. La hacienda que se ha hurtado se puede restituir, aunque para ello sea necesario quedar por puertas el que la ha usurpado; pero ¿quién podrá volver la reputacion á una persona infamada en el concepto de quinientas ó de mil personas? No diferirás, dice el Señor, hasta el dia siguiente el salario del jornalero que te sirve, ó de los obreros que han trabajado para ti, de los domésticos que tienes á tu sueldo. ¿Te han dado el fruto de su trabajo? No les rehuses ni dilates el de sus sudores: su salario no es ya tuyo, sino de ellos; ¿qué mayor injusticia que retener la hacienda ajena? El que hace esto, es un rico que por ahorrar de lo suyo se sirve de lo del pobre. No hablarás mal del sordo; no hay cosa mas indigna ni mas injusta, que ofender á los que no pueden ni defenderse ni resistir; tal es el vicio de la murmuracion. Nunca se habla mal sino de los ausentes, porque están fuera de estado de justificarse, y de cubrir de confusion al murmurador, que por la mas maligna bajeza solo habla de los que no están en disposicion de oirlo y confundirlo. No pondrás delante del ciego cosa que pueda hacerlo caer. En efecto, no puede darse mayor inhumanidad que insultar á un infeliz, y añadir adrede un nuevo azote á su miseria. ¿Qué bien pintadas están en estas santas leyes, la sabiduría y bondad de nuestro Dios! ¿Qué bien se da á conocer su santidad en el menor de sus preceptos! Para con Dios no hay aceptacion de personas: el pobre y el rico le

son igualmente amables, y así quiere que nosotros á su imitacion tengamos una caridad general. Siendo Dios Criador y Padre de todos los hombres, todos somos hermanos, y quiere que todos nos mirémos como tales. ¡Qué indignidad, desdeñarnos de mirar á un hombre porque está mal vestido, y no tener miramiento y respeto sino á los ricos! ¡Eres hombre de luces y conocimiento? Pues juzga á tu prójimo según justicia, y con la mas exacta integridad, sin tener respeto á la calidad de las personas, y sin dejarte torcer por la presencia de los mas poderosos. No tengas la maligna y pernicioso inclinacion de hablar mal del prójimo, ni en público ni en secreto: quien te lo manda soy yo, tu Señor. Siempre ha mirado Dios con horror á estas pestes de la sociedad civil, pues son la execracion de las gentes de bien, y los enemigos de la union de los corazones, y de la paz. Pero el mundo todo está lleno de disimulo y de ficcion. ¡Qué de malignidad bajo un esterior risueño, bajo unas apariencias engañosas! Se alaba, se adula, se hacen protestaciones de la mas sincera amistad, al mismo tiempo que se alimenta un mortal rencor en el corazon. Esta maligna simulacion, este fingimiento indigno es lo que Dios condena aquí. ¿Tienes algun motivo de queja contra tu hermano? Háscelo saber amigablemente, dice el Señor, sin que tu corazon esté sentido ó exasperado. Finalmente, si alguno te ofende, deja al cuidado del Señor la venganza; se interesa demasiado en tu bien, y no dejará sin castigo la injuria que se te hace. No te contentes con no vengarte; procura tambien olvidarte de las injurias que has recibido. *Ama á tu prójimo como á ti mismo.* De este modo el Señor, por un efecto de su bondad, instruita á aquel pueblo grosero y material, todo carnal é indócil. Lo instruye como un padre educa á su hijo cuando niño. No le da sino lecciones propias y acomodadas á su corta edad, reservándose el dárseles mas espirituales y mas perfectas cuando haya llegado á una edad mas madura. Esta edad madura era el tiempo de la venida del Mesías. Así vemos que los preceptos de Jesucristo son mucho mas espirituales y mas perfectos que los de la ley antigua. Esta solo ordena que se eche en olvido la injuria recibida. La ley nueva ordena ademas de esto, que amemos al que nos ha injuriado. Aquella solo tiene preceptos conformes á la razon natural: los preceptos y las máximas de la ley de gracia son sobre la naturaleza y la razon.

El Evangelio de la misa del dia cuenta lo que pasó en Jerusalem

mientras la fiesta de la dedicacion del templo, cerca de tres meses y medio ántes de la muerte del Salvador. Esta fiesta fué instituida mas de ciento sesenta y cuatro años ántes de Jesucristo: era muy célebre entre los judios, y duraba ocho dias como las otras fiestas de primera clase; se celebraba en memoria de la purificacion del templo y de su dedicacion, hechas bajo el gobierno de Júdas Macabeo, gloria de la nacion judaica, y el restaurador de la religion y de su patria. Habiéndose apoderado de la Judea, y en particular de Jerusalem, el impio Antioco Epifanes, rey de Siria, profanó con todo género de abominaciones el santo templo. Muchos de los judios, cediendo á la persecucion, apostataban todos los dias y ofrecian incienso á los ídolos. Júdas Macabeo, el prodigio de su siglo por su celo, por su religiosidad y por su valor, habiendo derrotado con un puñado de gentes los ejércitos numerosos de Antioco, y conseguido siete grandes victorias contra Apolonio, Seron, Gorgias, Nicanor, Timoteo, Baquides y Lisias, recobró á Jerusalem, é hizo publicar la intencion que tenia de restablecer la religion y reparar el culto del Señor en su templo. El pueblo fiel se juntó el dia señalado; pero al ver la profanacion con que habia sido tratado el lugar santo, y que todo lo que habia de mas respetable en la casa del Señor, habia sido ó destruido ó contaminado por los gentiles, fué tan general el desconsuelo, que no hubo quien no se echase á llorar. El religioso héroe dispuso que se restableciera todo incesantemente; se reparó el santuario, que habia sido casi enteramente destruido; se fabricó un altar nuevo; se santificó el templo y el átrio; se fabricaron vasos sagrados, y se restableció el santo templo á su primer esplendor y á su primera magnificencia. Acabado todo felizmente, se hizo la dedicacion, ó la renovacion solemne, el dia 25 del mes Casleu, que era el nono mes judaico, el cual cae regularmente á principios de Diciembre. La fiesta de esta dedicacion se celebró por espacio de ocho dias con gran solemnidad, y se ordenó que todos los años se celebrase en el mismo dia con octava. En esta solemnidad fué cuando el Salvador vino al templo y se colocó en una galeria que se llamaba el Pórtico de Salomon. Los judios se juntaron al instante al rededor de él, y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos has de tener suspensos? Si eres el Mesías, dinoslo claramente. El Salvador, que conocia el verdadero motivo y los verdaderos sentimientos de aquellos espíritus malignos y disimulados, les respondió: Os lo he dicho bastantes veces y con bastante clari-

dad, pero vosotros no me quereis creer; y cuando yo no os lo hubiera dicho, los milagros que hago en nombre y por la virtud de mi Padre, manifiestan bastante quién soy. ¿No os he dicho que yo era la luz del mundo, el Hijo de Dios, el buen Pastor, que he venido á salvar, á dar la vida y la libertad; que debo morir y resucitar para redimirlos; que soy árbitro de mi vida y de mi muerte? ¿No habeis notado que veo lo mas secreto de vuestro corazon y de vuestro espíritu? Os he dicho que mi Padre es Dios, y que yo soy una misma cosa con mi Padre. ¿Os parece que Dios puede hacer milagros para autorizar la mentira y la impiedad? Pues Dios ha autorizado todo lo que yo he dicho con milagros los mas estupendos. Vosotros no creis porque no quereis creer, y por lo mismo no sois de mi rebaño. Mis ovejas oyen mi voz, y las conozco y ellas me conocen, y así me siguen con una perfecta docilidad. Yo las doy la vida eterna, y no perecerán jamas, á no ser que ellas mismas se quieran perder. Ellas creen en mí, y con las gracias que yo les doy las pongo en estado de obrar su salvacion. Yo velo continuamente sobre ellas, de suerte que todos los esfuerzos del infierno no son capaces de robármelas mientras que ellas permanezcan en mi redil: no hay poder en el mundo que pueda arrebátarmelas de las manos. ¿Quién podrá resistir al Todopoderoso? ¿Quién podrá oponerse á mi Padre? Lo que mi Padre me ha dado es sobre todas las cosas; quiere decir: siendo el poder y la naturaleza divina que yo recibo de mi Padre, los mismos que los de mi Padre, tan imposible es quitarme nada de entre las manos, como quitarlo de entre las manos de mi Padre. Vosotros quereis que yo os hable sin figuras y sin metáforas, y que os diga quién soy: yo os lo diré; pero tampoco me creereis. *Yo y mi Padre somos una misma cosa.* ¿Podia Jesucristo explicarse mas claramente? Estas palabras contienen una declaracion tan expresa de la consustancialidad del Verbo y de la divinidad de Jesucristo, que los mismos judíos creyeron no se les podia dar otro sentido.

Al oír los judíos una verdad tan sublime, cogieron piedras para apedrearlo como á un blasfemo, porque decia que era una misma cosa con Dios Padre. ¡Oh, y cómo prueba esto la mala intencion de los judíos en la pregunta que le habian hecho! Piden al Señor que les diga si es el Mesías; se los dice, y lo quieren apedrear. Pero entónces el Hijo de Dios les dijo sin alterarse: He hecho á vuestros ojos muchas obras buenas por la virtud que tengo de mi Pa-

dre; ¿por cuál de los beneficios que os he hecho, ó milagros que he obrado, me quereis apedrear? Por ninguno, respondieron ellos, sino porque acabas de pronunciar una blasfemia; pues siendo hombre te haces Dios. Luego este nombre de Dios que me atribuyo es el que os escandaliza; pero no teneis razon. ¿Por ventura no está escrito en términos expresos en los libros santos que contienen vuestra ley? Yo dije: *Vosotros sois dioses.* Si la Escritura, que es incapaz de contradiccion y falsedad, da á los jueces y á los magistrados, que no son sino unos puros hombres, el título de dios, porque hacen las veces y tienen su poder del verdadero Dios, de quien son ministros, ¿pues qué razon teneis para llamar blasfemo al que ha sido santificado y enviado al mundo por el Padre, é imputarme á delito el haber dicho: “Yo soy el Hijo de Dios; yo, á quien mi Padre ha engendrado desde la eternidad, á quien ha comunicado su santidad, y á quien ha enviado para que sea el Mesías, el Profeta tanto tiempo esperado, y el Salvador de los hombres?” No alega Jesucristo en este lugar las palabras del Salmo LXXXI, sino para confundir á los judíos, no para explicar en qué sentido ha tomado y se ha atribuido la cualidad de Dios. Si no hago obras de Hijo de Dios, de Mesías, de un Hombre Dios, no me creais, vengo bien en que digais que soy un blasfemo. Pero si las hago, dad á las obras la fé que negais á las palabras; reconoced que una vez que hago las mismas obras que mi Padre, tengo el mismo poder, y por consiguiente la misma naturaleza; y así, reconoced que mi Padre está en mí, y yo en mi Padre. *Y que mi Padre y yo somos una misma cosa.* Admirémos aquí la sabiduria y la suave providencia de nuestro Dios, que no ha querido obligarnos á creer unos misterios que son sobre la razon, sin haber hecho ántes él mismo, en confirmacion de ellos, obras que exceden al poder de la naturaleza. Despues de esto; ¿qué no deben temer esos espíritus indóciles, que no son incrédulos, sino porque la corrupcion del corazon ha cegado su espíritu!

La Epístola es del capítulo XIX del libro del Levítico.

En aquellos dias: Habló el Señor á Moises, diciendo: Habla á toda la congregacion de los hijos de Israel, y les dirás: Yo el Señor vuestro Dios. No hurtareis. No mentiréis, y ninguno engañará á su prójimo. No jurarás en falso por mi nombre, ni profanarás el nombre de tu Dios. Yo el Señor. No harás agravio á tu prójimo, ni le oprimirás con violencia. No retendrás el jornal de tu jornalero hasta

la mañana. No hables mal de un sordo, ni pongas tu juicio ante los piés del ciego: mas temerás al Señor Dios tuyo; porque yo soy el Señor. No harás injusticia, ni darás sentencia injusta. No tengas miramiento á la persona del pobre, ni respetes la cara del poderoso. Juzga á tu prójimo segun justicia. No serás calumniador, ni chismoso en el pueblo. No conspiras contra la vida de tu prójimo. Yo el Señor. No aborrezcas en tu corazon á tu hermano, sino corrígelo abiertamente, para no caer en pecado por su causa. No procures la venganza, ni conserves la memoria de la injuria en tus conciudadanos. Amarás á tu amigo como á tí mismo. Yo el Señor. Observad mis leyes, porque yo soy el Señor Dios vuestro.

El Evangelio es del capítulo X de San Juan.

En aquel tiempo: Celebrábase en Jerusalem la fiesta de la dedicacion, que era en invierno. Y Jesus se paseaba en el templo por el pórtico de Salomon. Rodeáronle, pues, los judíos, y le dijeron: ¿Hasta cuándo has de traer suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Respondióles Jesus: Os lo estoy diciendo, y no lo creis: Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas están dando testimonio de mí. Mas vosotros no creis, porque no sois de mis ovejas: mis ovejas oyen la voz mia; y yo las conozco, y ellas me siguen. Y yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamas, y ninguno las arrebatará de mis manos. Pues lo que mi Padre me ha dado, todo lo sobrepuja: y nadie puede arrebatarlas de mi Padre. Mi Padre y yo somos una misma cosa. Al oír esto los judíos, cogieron piedras para apedrearle. Dijoles Jesus: Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais? Respondiéronle los judíos: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia; y porque siendo tú como eres, hombre, te haces Dios. Replicóles Jesus: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: Dioses sois? Pues si llamo dioses á aquellos á quienes habló Dios, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de mí, á quien ha santificado el Padre, y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho: Soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, cuando no queráis darme crédito á mí, dadlo á mis obras; á fin de que conozcais y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre.

MEDITACION.

Sobre el prendimiento de Jesus en el huerto.

Considera que si el sudor de sangre, el desfallecimiento, la agonía de Jesus en el huerto nos hace conocer en lo posible la inmensidad de su pasión interior, capaz de reducir hasta el último extremo al que es la fortaleza de Dios, la reacción de su espíritu con que vuelve de la muerte á la vida, esto es, de la agonía real y verdadera en que habia caído á la reanimación de su corazón y restablecimiento de sus fuerzas, es la mas expresiva muestra del amor sin medida que nos tiene. Desenvolvamos el misterio. Jesus se vió en agonía y agonía de muerte; sin embargo, la muerte no podia dominarlo; él no podia morir si no es por su voluntad: así es que de aquella misma agonía podia haberse librado y recobrarle enteramente con solo querer; y esto aunque fuera para no padecer y dejarnos de redimir, sin que en ello pudiese cometer falta ninguna, pues la obra de nuestra redención es toda graciosa; y su decreto obra tambien libre y espontánea de la misericordia de Dios, que como lo dió, pudo no darlo ó revocarlo como le pluguiese. Pudo tambien el Salvador contentarse con lo que habia padecido, que ya era una satisfacción infinita capaz de obrar la redención de mil mundos. Siendo, pues, tal su poder y tal su libertad para no redimirnos ó redimirnos á ménos costa, ¿quién puede dudar que el reanimarse Jesucristo en aquel lance y recobrar sus fuerzas para ponerse en manos de sus enemigos, haya sido todo una obra de su amor á los hombres, cuya redención quiso que fuese superabundante, en términos de no perdonar sacrificio alguno ni dejar de cumplir hasta la mas pequeña circunstancia de cuanto estaba escrito y decretado de él? ¡Ah! ¡Qué lección para los hombres que ni se sacrifican ni obedecen sino en mínimas cosas, dejando de cumplir aun lo mas esencial y de mayor importancia en el servicio de Dios y provecho de sus almas!

Considera que la obediencia de Jesucristo con aquella admirable compatibilidad y combinacion con su libertad, hizo su sacrificio doblemente meritorio, ó por mejor decir, de todos modos meritorio. Él se ofrece porque quiere, como lo habia anunciado Isaías, y en esta su oblation voluntaria gana todo el mérito de un amor espontáneo y no obligado: mérito de infinito valor ante su Padre: mérito

con que infinitamente se recomienda para con nosotros. Mas como al mismo tiempo, y en esta misma su oblation voluntaria presta una verdadera y cumplida obediencia á los decretos de su Padre, tiene para con él un mérito infinito en su obediencia, y á nosotros nos presta el beneficio de un ejemplo autorizadísimo, que nos atraiga á la obediencia que necesariamente debemos prestar á los preceptos del Altísimo. Con tales disposiciones, pues, se levanta Jesus del lugar de su oracion, repetida por tres veces: va á sus discípulos por tercera vez, los despierta, les anuncia la próxima llegada del traidor, y marcha con ellos á recibirlo á la entrada del huerto. En vano conduce el traidor Júdas una tropa armada con espadas, con palos, con cordeles para aprisionar á Jesus: ya él solo conducido por su amor les salia al encuentro para ponerse en sus manos; y para que no lo atribuyesen á debilidad ó ignorancia, temeridad ó errado consejo, les da allí mismo una prueba de su poder soberano, postrándolos por dos veces en tierra á sola la emision de su voz, y haciéndoles ver que se ponía en sus manos, porque era llegada la hora de cumplir el decreto de su Padre, sin cuya circunstancia no pudieran prenderlo, como no habian podido ántes de aquella hora en el templo á que diariamente asistia, y en que enseñaba su doctrina en medio de ellos. ¡Oh sabiduría! ¡Oh magestad! ¡Oh poder de un Dios que se ofrece porque quiere ofrecerse, y obedece un decreto de tanta humillacion para él que lo pone bajo la obediencia de una vil canalla y bajo unas prisiones que, si no le privan de la libertad de que en aquella hora y en todo momento puede usar de su albedrio, si lo humillan infinitamente, postrando la magestad de todo un Dios bajo la mano sacrilega de un infame soldado!

PETICION Y PROPÓSITOS.

A tanto abatimiento como os rendís por mí, dulce Jesus, á un ejemplo de obediencia tan perfecta como me dais en esta noche, ¿cómo podré corresponder si no me humillo por vos y me sujeto bajo el yugo saludable de vuestra santa ley? ¡Ah! esta es mi voluntad; yo quiero imitar aquella perfectísima obediencia con que os ofrecisteis á vuestro Padre celestial en el momento mismo de vuestra concepcion: "Aquí estoy ya, Padre mio, le dijisteis: está escrito de mí que he de hacer vuestra voluntad. ¡Oh Dios mio! así lo quiero, y vuestra ley está en medio de mi corazon." Esta es, dulce Jesus, la obediencia perfecta, plena y universal que os prometo te-

ner para gloria vuestra y bien de mi alma, si, como lo espero de vuestra bondad, así como me disteis el ejemplo, me concedéis la gracia necesaria para imitarle prácticamente y de un modo digno de vos.

JACULATORIA.

Tu ley, Señor, estará en medio de mi corazon, y aparecerá en todas mis obras.

LECCION.

Las obras de los cristianos no corresponden á la cantidad del cristianismo.

Sería sin duda grande la felicidad de los cristianos si sus obras fuesen tan santas como las máximas de la religion que profesan; pero por una fatal desgracia se observa un contraste tan odioso entre nuestras costumbres y nuestra fé, que no se puede reconocer á Jesucristo en la vida de los que le adoran, como en los discursos de los que le predicán. Creed á las obras, dice Jesucristo el día de hoy en el Evangelio; luego está muy distante esa deseada felicidad; porque prescindiendo de que las ideas son generalmente mas perfectas que las obras; que las reglas superan siempre al trabajo de los mas excelentes artifices; y que las menores leyes comunmente son mas exactas que las mejores acciones de los hombres, hay otras cosas que notar en nosotros mismos cuando medimos nuestra conducta con los preceptos del Evangelio.

¿Sería mucho pedir á los cristianos de nuestro siglo el que tuviesen á lo menos escrúpulo de quebrantar los mandamientos de la ley? La doctrina de Jesucristo es tan sublime y tan santa, que conviene á toda persona, condicion y circunstancia; pero se nota una enorme desproporcion entre el cristiano que predica y el cristiano que se trata. Ahora mas que nunca, toda carne ha corrompido su camino: ya los pecadores se atreven á hacer vanidad de sus mismos pecados, y se hace como cosa de obligacion y de honor el impugnar el Evangelio con los discursos mas licenciosos é impíos. ¡Como si todos sus preceptos no fuesen sino paradojas imposibles y absurdas! El violar y quebrantar la ley ya no es tan odioso aun para el mayor número; es casi en algunos una especie de honor y de grandeza de alma. El sacerdocio mismo del Altísimo es objeto de risa y de desprecio para multitud de católicos: el catolicismo tiene

quizá mayores enemigos en aquellos mismos que se llaman católicos. Los que vemos como mas exactos, no tienen mas que la superficialidad, y una vana confianza de salvarse, pues viven como todos. El lujo y las modas son dos torrentes que se llevan tras sí la mayor parte de los cristianos; y como en el siglo presente es moda no creer nada, ó vivir como si nada se creyese, no se ven ni se oyen sino cosas que contradicen abiertamente al Evangelio, y que crucifican de nuevo á Jesucristo.

¡Lamentable ceguedad! ¡Desdichado mundo por sus escándalos! La vida de los discípulos pone en desprecio la doctrina del maestro. A la corrupcion sigue la incredulidad. Se comienza pecando y se acaba no creyendo. ¿Quiénes y cuántos frecuentan hoy los sacramentos? ¿Quiénes son los que los miran como manantiales de la gracia, fuentes de salud y bendicion, que resaltan hasta la vida eterna? Los unos no los aprecian, los otros los burlan, y entre los que los reciben, muy pocos llevan las disposiciones necesarias para recibirlos con fruto. De aquí se forman aquellas fantasmas de impugnacion que asustan á todo el que no está instruido en su religion; de aquí nacen aquellas frecuentes profanaciones. La verdad es extranera entre los que han recibido mas luces: Babilonia está dentro de Jerusalem.

De nada sirve que la vocacion de los cristianos sea divina, que su Legislador sea adorable, santa y sagrada su ley; lo cierto es que nuestra conducta pervierte á los flacos, y que olvidamos ya casi del todo la estimacion que nuestros padres tuvieron de la fé y santidad del Evangelio. El mal ejemplo se hace privilegio, la costumbre ocupa el lugar de la verdad, como si con la frecuencia de pecados y el trascurso del tiempo se pudiera prescribir contra la ley de Dios. Por todas partes se predicán estas verdades, y ó no se les escucha, ó si se les escucha, se les contradice. No hay uno que medite y reflexione sobre las terribles sentencias del Evangelio, de que hemos de dar cuenta aun de las palabras ociosas; de que nada nos sirve ganar el mundo, si perdemos el alma: que el que no la hiciere penitencia, perecerá infaliblemente: que todo árbol que no da buenos frutos, es arrojado al fuego eterno; y que hay infierno, que no tendrá fin para el impío é impenitente.

En otro tiempo se pecaba por fragilidad; mas hoy dia se peca por reflexion. Ya no hay mas que un culto exterior, pues el número de adoradores en espíritu y en verdad es muy corto, respecto de la

muchedumbre de impíos é impenitentes. Ya no hay hombres evangélicos que consagren sus dias al servicio del Señor y que no conozcan mas vida que consumirse en su obsequio. Ya no hay madres cristianas que encarguen á sus hijos el amor al retiro y á la penitencia. Ya no hay hijos que respeten en sus padres la persona del mismo Dios. Los amigos no se reúnen para exhortarse mutuamente á la práctica de las virtudes. Desapareció por último aquel tiempo feliz en que se estimaban las enfermedades é infortunios, y se despreciaban las riquezas y los honores, en que se observaban con exactitud las máximas del Evangelio.

El mayor número de los cristianos viven y mueren sin haber sabido las obligaciones que contrajeron al alistarse en las banderas de Jesucristo; y cuando se vé como el cúmulo del deshonor el faltar á la palabra dada al mas pequeño de los hombres, se hace juguete de violar la que se dió al Arbitro soberano del universo. De aquí provienen aquellas generaciones de falsos cristianos, que no viven sino para profanar la gracia de su bautismo y deshonorar la Iglesia, de quien se dicen hijos. De aquí nace aquella codicia que destruye la caridad, que ata á los hombres á la tierra, y les impide caminar al cielo. Pasamos la vida en un torbellino de placeres y negocios. Por mas que se ven los sepulcros abiertos, y el universo lleno de enfermos y moribundos, se vive como si no se hubiera de morir; y se insulta á Dios como si en esto no hubiese mal alguno; solo el demonio es capaz de adormecernos á la orilla de tamaños infortunios: casi todos somos sus esclavos, al mismo tiempo que de palabras lo detestamos. Parece que el ángel de las tinieblas ha dejado de perseguirnos y acompañarnos, que ni excita nuestras pasiones, ni irrita nuestros humores; y es que nos ha familiarizado con los vicios mas vergonzosos y se ha hecho dueño de nuestros sentidos y de nuestra voluntad, y por eso ni aun tenemos remordimientos.

Se dice que ya no se oye hablar como en otros tiempos, de enmendados; pero con razon, pues la mayor parte de los hombres están en las redes del demonio. Si no los agita de modo que causen espanto, no por eso deja de estar dentro de ellos. Oigase lo que habla el mundo, y se oirá hablar al demonio: léanse los libros que por desgracia andan en todas partes, y se leerán las obras del demonio: ¿qué mas? Si no obstante la venida de Jesucristo, todavía parece que el demonio es el príncipe del universo, no hay pues que admirarse que se llenen cada dia mas los infiernos. ¿Qué cosa mas jus-

ta que los que vivieron acá en el mundo bajo la esclavitud del demonio, habiten allá en el otro bajo de su imperio? Dios sería injusto si llevase á su reino á los que prefieren las máximas del diablo á los preceptos del Evangelio, á los que despreciaron sus gracias por vivir en la esclavitud ignominiosa del pecado. Son los cristianos todo lo que no deben ser, y hacen lo contrario de lo que debían hacer. El Evangelio nos manda ser mansos y humildes de corazón, y nosotros somos iracundos y soberbios hasta lo sumo. El Evangelio nos ordena amar á nuestros enemigos, y no respiramos sino venganzas y ódios; nos prohíbe aun desear la muger ajena, y nuestros corazones no respiran sino estos malos deseos; todos vivimos en una sublevacion continua contra la ley, así es que nuestras almas en lugar de ser templos y santuarios de Dios, son grutas y cavernas de ladrones. Los verdaderos cristianos son tan raros como las espigas que quedan despues de la siega, como los racimos que se escapan al vendimiador: nada hay mas cierto que el oráculo del Evangelio: *Muchos son llamados y pocos escogidos*. El mundo mismo nos enseña con sus obras, que realmente la multitud es la que se condena, y que casi todos los hombres son unos insensatos que corren tras de sus ruinas. Muchos mueren con la mayor indiferencia y miran sin temor el instante en que van á ser juzgados. ¡Penitencia final! ¡Pecado contra el Espíritu Santo! que no será perdonado ni en este ni en el otro mundo, y que hace de nuestro siglo la abominacion de la desolacion.

Juésves de la semana de Pasion.

La proximidad del gran día de las misericordias del Salvador, y del sacrificio que debía hacer de su vida á Dios Padre, por la remision de nuestros pecados, hace que la Iglesia acompañe su duelo con los sentimientos mas tiernos y la mas viva contricion. Empieza la misa por una confesion sincera de nuestra iniquidad, confesando que nuestros pecados merecen los mas horrendos castigos; pero se consuela con la vista de la infinita misericordia del Señor en quien pone toda su confianza. Señor, todo lo que has hecho con nosotros lo has hecho por un juicio muy equitativo. Hemos merecido demasiado todos estos castigos, porque hemos pecado contra tí, y no hemos guardado tus mandamientos. Pero por la gloria de tu nom-

bre, trátanos segun la grandeza de tu misericordia. Estas palabras se tomaron de la oracion que hizo á Dios Azarias, uno de los tres jóvenes hebreos, en el horno encendido de Babilonia, donde habia sido echado con sus compañeros por órden de Nabucodonosor.

La Epístola de la misa es una parte de esta misma oracion, segun se refiere en el tercer capítulo del Profeta Daniel. Entre los cautivos que fueron llevados á Babilonia por el rey Nabucodonosor, hubo muchos niños de la primera nobleza, entre los cuales mandó escoger aquel príncipe cuatro de los mas nobles para hacerlos servir en su palacio. El primero de los cuatro era Daniel, que vino á ser bien pronto por su sabiduría y su talento, el valido del príncipe; los otros tres fueron Ananias, Misael y Azarias, todos cuatro de la sangre de los reyes de Judá. Habiéndole agradado á Nabucodonosor todos cuatro, dió órden para que los educasen é instruyesen segun á los empleos á que estaban destinados por el rey, ordenando que se les enseñase la lengua del pais, y que se les sirviesen las viandas y el vino de su mesa. Pero los niños, exactos observantes de la ley del Señor, no quisieron llegar jamas á las viandas caldaicas, y obtuvieron del oficial encargado del cuidado de su educacion, los dejase usar solo de legumbres y agua. Habiendo sido ensalzado Daniel á las primeras dignidades del reino, por haber interpretado el famoso sueño del rey, no se olvidó de sus amados compañeros; todos tres fueron hechos intendentes de la provincia de Babilonia. Su fortuna no alteró su piedad ni su zelo por su religion; pero les concilió muchos envidiosos que determinaron perderlos, y bien pronto encontraron ocasion de hacerlo.

Nabucodonosor, embriagado con su alto poder, con sus conquistas y todas sus prosperidades, quiso que se le hiciesen los mismos honores que se hacian á los dioses del imperio. Mandó hacer una estatua de oro fino, la cual tenia esenta codos de alto y seis de largo, y la hizo colocar en el campo de Dura, con órden á los grandes de su corte, á los magistrados de la ciudad, á los gobernadores de las provincias, y á todos los oficiales, de asistir á la dedicacion de la estatua. En efecto, se juntaron en dicho campo el día señalado, una multitud increíble; se les significó de parte del rey, que al momento que oyesen el son de las trompetas y de otros instrumentos músicos, adorasen todos la estatua, so pena loz que rehusasen obedecer, de ser arrojados al mismo instante en un horno encendido. Lo mismo fué hacer la señal, que postrarse todos y adorar la estatua;